



CASI UNA DECISION

Eduardo IGLESIAS

La herrumbre de la noche marcaba los latidos de mi corazón. No podía sentir otro ritmo que el quejido rozando mi alma. Así, y no de otra manera, pasaba la oscuridad en una ciudad lluviosa de provincias.

Los árboles se balanceaban como una bailarina contorsionándose. Tal era el viento que aquel día soplaba sin parar desde la madrugada. Venía del noroeste. Yo, en mi cama, luchaba con mis pensamientos que parecían pugnar con los arrebatos continuos del aire. No me dejaban en paz. ¿Quién era yo?. ¿A qué mandatos respondía?. Resultaba imposible correr la cortina de mis ideas. ¿Me consideraba un hombre libre o, por el contrario, mis obsesiones me tenían capturado como a un pichón en su jaula de tiro?. Decidí levantarme y mirar a los lejos, a ver si así me calmaba. Dentro de un tiempo sonaría el despertador que conectaba invariablemente las redes de mi cotidianidad.

Mi trabajo, mi empresa, una fábrica de papel fundada por mi abuelo a orillas del río Oria. Aunque el negocio no parecía irse a pique, la situación era mala. Estaba cansado de luchar contra tanta hostilidad. El ambiente general, durante estos últimos años, había minado mi mirada tierna. Además, había otras cuestiones. Acababa de cumplir cuarenta y seis años, y las relaciones con mi mujer estaban ciertamente deterioradas. Mis dos hijas también habían empezado a levantar el vuelo. Sentía una especie de vacío, una gran brecha se abría dejándome muy solo, como si todos los míos se despidiesen agitando la mano en una cadencia lenta, y yo quedase en la orilla viéndolos partir. No sabía qué hacer. A veces me daban ganas de mandarlo todo a paseo y largarme a vivir mi vida. No sé, comprarme un barco o irme a las

montañas, ¡qué más daba!. Pero, yo creía que tenía cierta responsabilidad. “Un hombre no huye”, me repetía siempre mi padre. Desde niño había inculcado en mí ciertas normas de conducta, que durante toda la vida había que llevar cerca del corazón, como la medalla de San Cristóbal que desde los ocho años iba en mi pecho.

Pero esta noche tenía una idea... Es posible que un calor fétido e inhumano pudiera apoderarse dentro de poco de la atmósfera de mi fábrica. Tenía que calcularlo todo muy bien. Las llamas lo arrasarían todo. Pero yo no quería ver el espectáculo. Ni tan siquiera ahora. Me daba miedo pensar qué sentiría cuando viese las estructuras humeantes de todo lo que había supuesto una vida: la mía, la de mi padre, la de tantos otros... Podía volverme loco. Lanzarme a las llamas en un ataque de desesperación, o iluminarme de alegría y seguir prendiendo fuego a los edificios. En todo caso, estaba convencido de que la única manera de escapar del continuado tormento sería borrar toda huella física de mi pasado. No, el suicidio no; para esto se necesita valentía y convencimiento, y yo en este momento no era más que un manojo de dudas y temores.

Que me cogiesen no me importaba demasiado. Acabar en la cárcel sería un gran alivio. Rodeado de culpables. De gente que se había revelado contra los usos y costumbres. Hombres rechazados. Me encontraba desesperadamente aburrido de ser una persona respetable, reverenciada por banqueros y cocineros. Además, mi querida madre acababa de morir. Qué me importaba ya el mundo. Bien, sí, mi mujer y mis hijas sí me importaban. Pero yo les explicaría; y de todas formas, ellas ya hacían su vida.

Ana estaba todo el día con el maldito deporte. Yo hacía tiempo que había dejado de interesarle. Le aburría. Creo, sinceramente, que superarían con facilidad el mal trago. "Ultimamente estaba algo trastornado", dirían. Acabarían por olvidarme poco a poco, una vida enferma que se aleja irremisiblemente hacia el fin. Total, ¿qué somos para los demás, para la historia?. Siempre algo caduco. No más.

Por fin, me levanté y me dirigí al cuarto de baño. Me miré al espejo. Un surco, cada vez más marcado, hundía mi mejilla. Los años empezaban a marcar a cuchillo. Estaba envejeciendo. Desparramé la espuma de afeitarse por la cara. Sentía la necesidad de mejorar mi aspecto, de alcanzar un aire más digno. ¿O sería la fuerza de la costumbre?. Después, desayuné y cogí el periódico. Ana seguía en la cama. Eran las ocho y media de la mañana. Elegí el traje azul y una corbata oscura. Sonó el teléfono. Mi secretaria me recordaba que hoy teníamos consejo de administración. Saqué, a continuación, el coche del garaje y ya en la autopista recordé que debía llevarlo a la revisión de los 20.000 kilómetros. Pasado mañana debía estar en Madrid y antes quería pasar por Vitoria para aclarar lo de la subvención anual. Debía recordarle a Ana que lo de la cena, el viernes, me iba a ser imposi-

ble. Ella, de todas formas, podía ir sola. Así hablaría de golf a sus anchas. Me abroché el cinturón y enchufé la radio. El IPC había subido únicamente medio punto en el último mes. Esto, pensé enseguida, me daba fuerzas para discutir el convenio a primeros de año. Nos tenemos que seguir apretando el cinturón, es la única manera, me dije convencido. Pisé el acelerador a fondo, viéndolo como la aguja rebasaba los 160 kilómetros por hora. Me sentía bien conduciendo mi nuevo Audi y además podría sentirme algo satisfecho delante de mis accionistas: por primera vez en el año cerrábamos con saldo positivo. Pagué el peaje.

La idea de quemar la fábrica apareció como un fotograma de una película. Era un recordatorio lejano de mi yo en pijama. Estaba asombrado de las cosas que podía llegar a pensar en una noche de insomnio. Aunque, a decir verdad, quién sabe lo que ocurre dentro de nuestros errantes corazones. El trabajo es lo único que nos salva, me dije mientras circunvalaba la ciudad deportiva. Además, debía dar ejemplo a mis hijas, a mis gentes. "Tienes que luchar en la vida", recordé a mi padre. En todo caso, y para que no ocurriese más, hoy volvería a tomar la pastilla para dormir.

